mayo 2021

La comunión frecuente durante la enfermedad

 Herido a la vez en su cuerpo y en su corazón y frecuentemente hasta en su fe, abocado a los grandes porqués de la existencia, el enfermo siente la necesidad de nutrirse de la palabra y del cuerpo de Cristo. Palabra y cuerpo le son ofrecidos por el mismo Cristo. Jesús ha dicho a los discípulos: “Tomad y comed…” (Lc. 22, 19). Pero aquella tarde, cuando iba a entrar en su pasión, tenía frente a sus ojos a los innumerables enfermos encontrados en su camino. A los enfermos de todos los tiempos. Con esta intención había dicho: “Venid a mí los que estáis agobiados y yo os aliviaré” (Mt 11, 28- 30).

 El Señor ha experimentado él mismo el sufrimiento y la agonía, pero estas pruebas no lo apartaron del Padre. En lo más duro del tormento ha demostrado su fidelidad: “No se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres” (Mc 14, 36). La enfermedad suele provocar que el enfermo se repliegue sobre sí, pero Jesús, llevando la cruz y crucificado, ha permanecido atento a los demás. A las mujeres que lloraban por él, al buen ladrón, a su propia madre, a Juan y a la multitud.

 Nutriéndose de la palabra y del cuerpo, el enfermo es invitado a asumir cristianamente su vida. Fidelidad a Dios en la fe, en la esperanza, en la oración, en la disponibilidad y en la certeza de sentirse amado con un amor más fuerte que la muerte. Y fidelidad al hermano, asumiendo así sus responsabilidades humanas.

 La misión del enfermo no se reduce al horizonte de su habitación, a las personas cercanas y a las que tiene afecto. Es miembro de la comunidad de bautizados en la que tiene reservado su lugar. Cuando esta comunidad le lleva la comunión, lo integra en la asamblea eucarística y le ofrece el apoyo fraternal. Y así, la comunidad se pone a su escucha y le pide ayuda. Porque el enfermo es, en medio de nuestra sociedad, un testigo excepcional.

 En el complejo camino de una vida atormentada por el sufrimiento, el enfermo conoce días que, como los discípulos de Emaús, sólo puede decir: “Nosotros esperábamos…” La comunidad cristiana sostiene el mandato de acercarse al enfermo en nombre de Jesús y andar con él su camino. Después tomar el pan, bendecirlo, partirlo y dárselo. Y así quiso enseñarnos que también en el sufrimiento Él sigue cerca de nosotros. Y nos ama como sólo Él saber amar.

 El pan eucarístico es la prenda para la vida eterna. En la encíclica de san Juan Pablo II *Ecclesia de Eucharistia,* encontramos una bella interpretación al respecto de esta idea: “Quien se alimenta de Cristo no tiene que esperar el más allá para recibir la vida eterna; la posee como primicia de la plenitud futura, que abarcará al hombre en su totalidad”.

 La Eucaristía es el centro de la fe, fruto sublime del Misterio Pascual. En el servicio a los enfermos adquiere un importancia extraordinaria. Conscientes de representar a Cristo desde el primer encuentro con el hermano que sufre, modelamos nuestra relación con el enfermo desde la presencia del Espíritu Santo, con el deseo sincero de ofrecerle el regalo del Pan de la Vida.